



Hablemos de otras cosas:

A la guerra parece—y no más que parece—que nos hemos escapado, y hasta que nos hemos aprovechado de sus beneficios industriales. Beneficios que se irán como los dineros del sacristán. La paz acabará descongestionando nuestras arcas. Y habrá que oír a los que ahora dicen en la intimidad: «Esta santa guerra...»

A la guerra parece—y no más que parece—que le hemos hurtado el cuerpo, ya que no el alma; pero no así a la peste. Esta ha hecho y sigue haciendo estragos, a pesar del optimismo de real orden y del popular. Llamamos optimismo popular a aquel que se atiene a la consabida fórmula de que nadie se muere hasta que Dios no quiere, y que en lo religioso se cifra en la llamada petición—aunque no lo sea—de «hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo». Aunque haya quien crea y sostenga que esto no es optimismo, sino todo lo contrario.

Pero, ¿quién duda de que el colmo del optimismo es la resignación? Por la resignación, enseñaba un místico, y un místico tudesco, se llega a la omnipotencia. Si de tal modo conformas tu voluntad a la de Dios que quieres que suceda lo que haya de suceder, sucederá siempre lo que tú quieras. Y acababa el místico tudesco exclamando: «No se mueve una hoja del árbol sin mi voluntad.» Fué un filósofo precursor de los que se dejan derrotar conforme a un plan preconcebido, con lo que resulta que vencieron.

Otros, ante esto de la peste, adoptan la posición escéptica, que no sabemos por qué hay a quien se le antoja calificarla de pesimista. Que, así como la resignación aparece optimista, la duda muéstrase pesimista. Per-tenece, en el caso de la peste, a los escépticos.

Don Ramón de Campoamor y Camposorio, nuestro gran escéptico, decía que Sócrates sabía no saber nada; pero como desde el filósofo ático hasta él, D. Ramón, el poeta astur, habían corrido siglos de progreso humano, él sabía ya más, y era que no sabía nada, y lo demás tampoco. Así, nosotros sabemos no saber nada, ni de la verdadera etiología, ni menos de la terapéutica de esta llamada gripe, y sabemos, además, que los médicos no saben más que nosotros. Para salir del paso no está mal eso del microbio de Pfeiffer, otro tudesco. Valdría más—piensan los desprovistos de espíritu científico—, valdría más no haber clasificado a ese microbio y saber

acabar con él o hacerle inofensivo (o, ¿quién sabe?, tal vez beneficioso...). Así piensan los que ignoran que el verdadero fin de la ciencia es conocer por conocer, por ensanchar la conciencia, y que allí donde acaba el diagnóstico y empieza la terapéutica, acaba la ciencia y empieza el arte. ¡Cuesta tanto imbuir espíritu científico, de cultura, en un pueblo, y más si está atacado por la peste! ¡Cuesta tanto hacer comprender que la patología no enseña más que a conocer la enfermedad, y que el resto es curandería!

Por de pronto, esta epidemia—antes les llamaban pestes—ha hecho que no se abran los cursos todavía en nuestros establecimientos de enseñanza oficial. Con lo que no creemos que pierda mucho la causa de la cultura en España, del conocer por el conocer. Con esto de que se reduzcan los próximos cursos de patología médica, v. gr., no creemos que cuando venga otra peste—vulgo hoy: epidemia—se encuentren los futuros médicos en peores condiciones para curarla. Y menos mal si esa futura peste ha de ser debida a un microbio aún no apartado y clasificado—para clasificar microbios hay que apartarlos, como se hace con los toros para la lidia—, microbio que aparte y clasifique un sabio española. La «influenza» española le llaman por ahí, en el mundo civilizado de fuera, a esta peste. Pero debemos aspirar por patriotismo a que la próxima peste sea debida, no al microbio de Pfeiffer, sino al de Fernández o al de García (sin Prieto). Es una vergüenza que, así como hay la enfermedad de Adison y el mal de Pott, no los haya de López o de Rodríguez. Parece que hay un microbio de Pérez; pero no de un Pérez español, sino de un Pérez criollo americano. Y menos mal que con ello se luce la raza, esa raza a que se debió haber festejado el pasado día 12. Y menos mal también que mientras otros pueblos se batían nosotros hemos dado nuestro nombre colectivo, el de española, a una epidemia.

Y ya el curso no podrá empezar hasta enero. En noviembre no hay que pensar en ello, porque, no habiendo habido clase en octubre y no habiéndolas de haber, por decreto estudiantil de hace unos años, en diciembre, resulta noviembre un mes puente o encajonado. Día encajonado llaman los estudiantes al laborable entre dos festivos. Y lo hacen festivo por encajonamiento.

El que los estudiantes no fueran a clase en este mes encajonado, si así resultase, no nos parecería un gran daño para la cultura española, y antes bien un beneficio, si estudiaran en él; pero lo lamentable sería que durante esta vacación apesosa o epidémica no se dedicaran a buscar el microbio de López, de Gómez o de García, y cosas así, culturales. Le es preciso, le es absolutamente preciso a España un descubrimiento así. Y por nuestra parte, seguros de ignorar con más ciencia y conciencia que los bacteriólogos, nos hemos dado a buscar el microbio—bacilo o lo que salga—que llevará nuestro nombre. ¡Tan ciega es nuestra ansia de inmortalizarnos al modo de Koch o de Pfeiffer!

Miguel de Unamuno.

